

Reseñas

JUNQUERA, Carlos: *El chamanismo en el Amazonas*, ed. Mitre, Barcelona, 1992.

Carlos Junquera recoge en su libro el trabajo de once años con los indios karakmbet, habitantes de la región suroccidental peruana, partiendo de que el chamanismo es la pieza clave o elemento aglutinador de esta cultura. Pretende no sólo aportar datos, sino *presentar un trabajo válido. Esto es, elaborar una base teórica apoyada en la experiencia* obtenida que le sirva para extrapolar los mismos datos al resto de la Amazonia.

Parte de su adscripción en una corriente de estudio: la Etnociencia, pero al mismo tiempo reconoce la necesidad de mantener un criterio lo más amplio posible, ya que, como él mismo dice, «partiendo de la base de que el término "cultura" contiene "todo", podía pensarse que una opinión abarque la totalidad, y no es así». El planteamiento resulta entonces bastante confuso, ya que es sentido por el autor como objeto de debate entre los investigadores que todavía no ha llegado a soluciones definitivas, de ahí que su trabajo presente contradicciones difícilmente salvables.

Junquera insiste en aclarar que en esta obra «se trata de ser subjetivos» y por ello deja hablar a los informantes chamanes sin aclarar o profundizar en sus incongruencias, del mismo modo que lo integra en el proceso de selección de los datos. Por otra parte, esta postura no es mantenida de forma coherente a lo largo del libro, ya que, más adelante, se pronunciará a favor de la objetividad, del efecticismo frente a la información de los nativos. El autor se debate de manera confusa y contradictoria entre ambas posiciones sin constatar que tal contradicción existe.

El chamanismo queda definido como la primera religión configurada como tal y se manifiesta en una doble vertiente: es un mecanismo de adaptación social al tiempo que proporciona un sistema de pensamiento coherente. En el primer sentido regula aspectos

tales como la configuración del grupo y, llegado el caso, su disgregación, la relación con el hábitat y la subsistencia. En el segundo concentra un concepto bipolar del individuo y el mundo, «mito-ritual, sueño-cultura, bien-mal, magia-curanderismo». así, el topakaeri (chamán) es también el cimwebet (brujo), el que produce el mal y el que lo cura. Es, pues, el motor activo del cambio social, en cuya mano está establecer el equilibrio.

Los alucinógenos juegan un papel fundamental que permiten al chamán establecer contacto con una realidad superior en función de la cual la realidad cotidiana encuentra su verdadero sentido; esto lleva a un detallado conocimiento de las plantas y de los procesos de manipulación. Junquera recoge una amplia terminología indígena relacionada con este campo y apunta su conexión evidente con el origen de los mitos y de los símbolos.

Especial importancia tiene la relación entre el chamanismo y la caza; esta última configura simbólicamente el espacio imaginario de la práctica chamánica y eso incluso cuando la caza ha dejado de ser la principal fuente de subsistencia.

Es en el momento del análisis cuando el autor vacila y encuentra dificultades en lograr una coherencia interna. Con frecuencia se pierde el hilo conductor entre el cúmulo de datos (experiencias de su trabajo de campo, opiniones de otros autores) y el análisis a que éstos son sometidos y no queda claro el camino que ha llevado a las conclusiones. Resulta difícil para el lector decidir si la deficiencia se debe a una base teórica vacilante o a un inadecuado uso del lenguaje. Por ello, no logra transmitir el proceso que le lleva a las conclusiones, lo que no resta el interés de las mismas.

Un aspecto destacable en este libro es la defensa de la «igualdad intercultural». Esta cuestión puede parecer obvia y para una parte importante de los antropólogos es un tema superado; sin embargo, es curioso comprobar que para aquellos que han mantenido o mantienen relaciones directas con culturas, llamémoslas marginadas, continúa vigente.

En último término, Junquera apuesta por la subjetividad y el compromiso. Su trabajo, de no ser válido, por lo menos es necesario.

Manuel CEREZO LASNE, Penélope RANERA SÁNCHEZ
y Javier RUBIO SWIFT

STASKI, Edward, y Linvigstone D. SUTRO, eds.: *The Ethnoarchaeology of refuse disposal*. «Anthropological Research Papers», n.º 42. Arizona State University. Tempe, 1991, 89 páginas, 13 tablas, 11 figuras y 8 fotografías.

Hay pocas pautas culturales que se den de forma tan recurrente y extendida dentro de todos los grupos humanos como la acumulación de desperdicios. La basura parece ser algo inherente no sólo al ser humano, sino a la naturaleza misma que tiene sus ciclos de creación y degradación, y hasta la sentencia «sólo las rocas viven eternamente» no deja de ser una bella falsedad, ellas también se acaban transformando, es cuestión de tiempo.

Independientemente del lugar de la tierra o el momento histórico en que el hombre se haya asentado, ha debido hacer uso de su entorno en busca de materiales orgánicos o

inorgánicos necesarios —en principio— para su protección y nutrición, en suma, para su supervivencia. De lo que la naturaleza le ofrece al hombre, éste toma lo que precisa, lo transforma —o no— en la medida de sus necesidades, hace uso de ello y, por último, desecha lo no utilizable. Continuamente el ciclo se repite: tomar, transformar, usar, desechar. Y produce una serie de patrones culturales susceptibles de ser estudiados desde diferentes puntos de vista.

El conjunto de trabajos que aquí se reseña tienen en común el objeto de estudio —la manera de disponer la basura producida por el hombre en diferentes ámbitos geográficos y épocas— y su metodología, la Etnohistoria. La publicación se inicia con una parte introductoria en la que los editores explican su idea de los términos básicos: Etnohistoria, Desperdicios y Forma de Disposición, parte esencial si tenemos en cuenta que alguno de ellos no tiene una definición unitaria.

Las premisas fundamentales en las que basan la práctica de la Etnoarqueología —principio de uniformidad cultural y uso de la analogía y la inferencia—, no son en absoluto ajenas al ámbito de la Arqueología Americana, que tiene firmemente asentadas sus bases teóricas en la Antropología Cultural; pero este no ha sido el desarrollo de la Arqueología en otras áreas bajo la influencia de escuelas europeas, de ahí la necesidad de esta introducción.

La estructuración del volumen en tres grandes apartados se debe, por una parte, a la utilización de los datos producidos en diferentes situaciones (etnográficas o históricas) en las dos primeras secciones, y a una serie de aplicaciones específicas en la tercera.

La parte nominada *Lessons from Ethnography* se compone de tres capítulos, dos de los cuales localizan su investigación en México —uno en área urbana y otro en zona rural—, y el tercero una aldea de Siria. Mientras R. Baer analiza en Hermosillo (Sonora) los diferentes factores que pueden afectar la deposición de restos de comida doméstica en un contexto urbano con cierto componente migratorio, el estudio de L. Sutro se centra en un pueblo mayoritariamente ocupado por campesinos indígenas en el Valle de Oaxaca, Díaz Ordaz. Curiosamente, el estudio presentado por Kamp sobre Darnaj (Siria) posee afinidades básicas, y aunque las obvias diferencias culturales en los tres casos quedan claramente reflejadas tanto en el tipo de basura que producen como en su tratamiento y distintos patrones de deposición, fundamentalmente todos nos proporcionan una serie de factores dentro de una realidad actual, y por ello dinámica, que deben ayudar al arqueólogo a la hora de analizar algo tan primariamente estático como es el registro arqueológico.

La perspectiva histórica (*Lessons from Historical Research*) es analizada por E. Staski en un solo capítulo dedicado al estudio de las prácticas de deposición en diferentes áreas de El Paso (Nuevo México), a lo largo del siglo XIX y parte del XX. Los datos muestran cómo estas prácticas fueron sufriendo variaciones progresivas en la medida que la ciudad fue haciéndose mayor y más compleja, tal y como puede corroborarse con los datos documentales.

La parte final, titulada *Ethnoarchaeological Applications*, ocupa tres capítulos con referencia específica al uso de los datos etnoarqueológicos y métodos de interpretación.

El primero de ellos (Wilson, Rathje y Hughes) basa sus datos en investigaciones realizadas en Tucson (Arizona) sobre basuras actuales en una muestra de conjuntos habitacionales individuales, seleccionada a partir de vecindarios estratificados por ingresos y etnicidad. Sus resultados les llevan a tratar de aplicar los mismos principios a una variada gama de sistemas prehistóricos, desde cazadores-recolectores a grupos de gran complejidad, como los mayas clásicos de las tierras bajas.

Los grupos esquimales son una cultura que se ha prestado extraordinariamente a este tipo de investigaciones, ocupándose el segundo capítulo de los patrones de disposición de la basura en un campamento de pescadores Inupiat en Barrow (Alaska). Una de sus conclusiones más interesantes a las que llega Cl. Chang quizá sea la constatación de la importancia de los conceptos emic en los patrones de comportamiento en torno a la basura y su disposición, y cómo, a pesar de que la cultura occidental ha transformado una serie de pautas de los grupos Inupiat, su sistema cultural ha sido capaz de mantener su propia lógica tal y como lo ha constatado este estudio, tanto en el registro arqueológico como en el etnoarqueológico.

La última contribución de esta tercera parte y, por tanto, de la publicación, se centra en un análisis de la manufactura de objetos de pedernal y la colocación de sus desechos entre los Lacandones de México. J. Clark da un breve, pero completo repaso a todo el proceso de fabricación de puntas de flecha que, a pesar de que el uso del arco ha sido reemplazado por armas de fuego, no parece haber variado demasiado a lo largo de este siglo. Los patrones de desecho están en relación con los lugares donde se llevan a cabo los diferentes pasos del proceso (obtención de la materia prima y realización de hojas y puntas de flecha), tales como la orilla del río o la cocina; así, los desechos peligrosos por su tamaño o su filo nunca se dispondrán en el entorno más inmediato. Dadas las características especiales de los Lacandones, evita en todo momento generalizar, mostrando la disparidad existente en varios ejemplos etnográficos bien diferentes.

Como resume Suro (p. 22), «cada grupo social desarrolla sus propias respuestas a los problemas de disposición de la basura... y mientras en muchos aspectos estas respuestas culturales parecen ser universales, casi biológicas..., en otros parecen ser ligeramente más arbitrarias...». Lo cierto es que estos estudios sobre las basuras o desechos sin duda son de gran ayuda a la hora de interpretar determinados comportamientos en sociedades prehistóricas, independientemente de su grado de complejidad. La apertura de nuevas vías de conocimiento y comprensión siempre son esenciales, tanto para refrendarlas como para refinarlas por medio de una crítica constructiva.

En realidad, este tipo de interesantes investigaciones no hacen más que reafirmarnos en la idea ya clásica de que la Arqueología no puede separarse del ámbito de la Antropología, y que la formación del arqueólogo debe ser fundamentalmente antropológica. Difícilmente podremos intentar conocer las culturas del pasado y sus procesos de cambio si carecemos de la necesaria capacidad de comprensión y análisis de las culturas actuales, incluida la nuestra.

M.^a Josefa IGLESIAS PONCE DE LEÓN
Universidad Complutense de Madrid

KERR, Justin: *The Maya Vase Book, Volume 3. A Corpus of Rollout Photographs of Maya Vases*. Kerr Associates, New York, 1992. Incluye estudios de Jennifer T. Taschek y Joseph Ball, Stephen D. Houston, David Stuart, Karl Taube y Dicey Taylor.

Es de agradecer la celeridad con que Justin Kerr está publicando su importantísima obra de *The Maya Vase Book*, de la que este tercer volumen es la última entrega. Actitudes generosas como la que inspira esta serie de publicaciones —que ponen a disposición de los investigadores e interesados una información tan difícil de conseguir por hallarse dispersa en museos y en colecciones privadas— ayudan a la investigación y comprensión de la cultura maya clásica, tanto como los mismos estudios de los especialistas, cuya labor se ve así facilitada. Reflejo inmediato de esta loable actitud son las facilidades dadas por el propio Justin Kerr para la utilización y reproducción del material fotográfico cuyo permiso reitera nuevamente, así como el ofrecimiento que hace en el prefacio de este tercer volumen de poder acceder con solamente su petición a su base de datos, la cual contiene toda la información correspondiente a cada caso, clasificado sistemáticamente, según diversos criterios de factura, glíficos e iconográficos.

Ciento veinticinco vasos —la mayoría inéditos— vienen a sumarse a los más de dos centenares publicados en los dos volúmenes anteriores, todos interesantes, algunos realmente magníficos, como el n. 3296, de alabastro, o el n. 3844, bellamente inciso. Sólo siete vasos han sido publicados en color. Si bien es cierto que, como el propio Kerr reconoce, una mayor proporción de ellos encarecería la edición, merecería la pena que se hiciera un mayor esfuerzo en este sentido, aunque éste nos correspondiera a nosotros, los compradores.

El volumen incluye —como viene siendo habitual— cuatro ensayos de temática y extensión variada, todos merecedores por su calidad de una lectura atenta: *Lord Smoke-Squirrel's cacao cup: The archaeological context and socio-historical significance of Buenavista «Jauncy-Vase»*, de Jennifer T. Taschek y Joseph W. Ball; *Image and text on the «Jauncy-Vase»*, de Stephen D. Houston, David Stuart y Karl Taube; *Painted ladies: costumes for women on Tepeu ceramics*, de Dicey Taylor (el título no hace referencia a la totalidad del contenido, ya que la segunda mitad del estudio trata sobre distintas cuestiones concernientes a la diosa de la Luna), y *A name glyph for Classic Maya dwarfs*, de Stephen D. Houston. Los dos primeros trabajos, que tienen como denominador común el vaso denominado «Jauncy», descubierto recientemente durante las excavaciones en Buenavista del Cayo (Belice), abordan su estudio completo, abarcando tanto el análisis de su contexto arqueológico como el contenido de su texto glífico e iconografía —con las implicaciones históricas y sociopolíticas derivadas—. constituyendo un modelo ejemplar de lo que debería ser el estudio de cada vaso.

Algunas críticas ya señaladas con respecto a los volúmenes anteriores (ver L. T. Sanz y J. M. García, en *Mayab*, n. 7) siguen vigentes en éste: tiene escasa operatividad el registro empleado para identificar los vasos, el cual utiliza la numeración del archivo personal de Kerr y no el correlativo de publicación (en este último volumen se ha producido ya el solapamiento de referencias con las ediciones previas); sólo se señala en unos pocos casos la procedencia o la localización actual de la pieza; en apenas dos

ocasiones se incluye el dibujo del texto glífico de los vasos, cuando en algunos otros ejemplos hubiera sido conveniente proceder también de igual modo por lo poco claro de la reproducción (lo mismo cabría decir para algunas representaciones iconográficas); por último, una cuestión grave.

Como hiciera en el prefacio del volumen primero, Kerr vuelve a advertir de la presencia de piezas restauradas entre las publicadas en la edición. El mismo señala el extremado cuidado que tuvo a la hora de seleccionar los ejemplos, incluyendo solamente aquellos que le parecieron más correctos que incorrectos. Sin embargo, en ningún momento señala ni de cuáles se trata ni en qué partes de la pieza es más evidente la restauración —si en el texto glífico o en las figuras—, ni si la restauración en cada caso se ha limitado simplemente a reparar líneas presumiblemente preexistentes o ha recreado zonas más amplias como tocados, adornos o cartuchos glíficos. Esto convierte a todos los vasos publicados en sospechosos e introduce un muy incómodo factor de incertidumbre. La comparación con otras representaciones similares publicadas no siempre es suficiente para detectar estas recreaciones si tampoco se indica el grado de restauración que tienen a su vez. Es de vital importancia la pronta elaboración de un listado de piezas que incluya esta información. El cuarto volumen de esta serie —que ya ha sido anunciado y que todos aguardamos con impaciente entusiasmo— sería una excelente ocasión.

Alfonso LACADENA GARCÍA-GALLO
Universidad Complutense de Madrid

HANKS, William F. y Don S. RICE (eds.): *Word and Image in Maya Culture: Explorations in Language, Writing and Representation*. University of Utah Press. Salt Lake City, 1989.

Desde hace algunos años los estudios sobre iconografía y epigrafía maya se han ido desarrollando extraordinariamente, hasta el punto que en la actualidad ambas disciplinas ocupan un lugar preferente en el panorama de la mayística. Muy posiblemente, las razones de dicho desarrollo podrían resumirse en dos: por un lado, tanto la iconografía como la epigrafía han ido adquiriendo un mayor rigor analítico y metodológico, por lo que los resultados que pueden ahora ofrecer son, sin duda, mucho más rigurosos que los de antaño; por otra parte, los trabajos epigráficos e iconográficos se han ido introduciendo paulatinamente dentro del resto de disciplinas que conforman la mayística, especialmente en los análisis espaciales y en los modelos de evolución sociopolítica. Como resultado, el conjunto del proceso histórico-cultural maya se ha visto notablemente enriquecido y, en algunos aspectos —especialmente en lo concerniente a la ideología y el ritual—, casi completamente transformado. Esto último puede juzgarlo el propio lector si compara obras de carácter más tradicional con otros trabajos generales que forman parte de esta «nueva corriente» —como la ya clásica *The Blood of Kings* y la más reciente *A Forest of Kings*.

Este es el contexto donde debe situarse *Word and Image in Maya Culture*. Los 24 trabajos que constituyen este volumen son el resultado de dos simposios realizados en la

ciudad norteamericana de Chicago, denominados «Artifacts and Symbols of Maya Culture: Structure, Order and History» y «The language of Writing in the Maya Region». Las reuniones se celebraron en los años 1983 y 1984, aunque los trabajos presentados en el volumen han sido puestos al día. Los autores que participan en la obra son todos figuras de primera línea y de sobrado prestigio en sus respectivas materias, y todos ellos participan, de alguna u otra manera, en la renovación a nivel temático y metodológico que hemos apuntado más arriba. Sin embargo, y viéndolo desde esta misma perspectiva, el tratamiento que se da a la epigrafía e iconografía en *Word and Image in Maya Culture* puede resultar espléndido y, a la vez, ligeramente decepcionante. Lo primero, porque todos los estudios incluidos son realmente excelentes y algunos de ellos alcanzan la categoría de modélicos; es constante la intención por parte de los autores de abrir nuevos temas interpretativos y nuevas perspectivas de análisis. Sin embargo, y con esto entramos en lo segundo, es difícil encontrar pautas teóricas comunes a los trabajos, que, en este sentido, lo único que comparten es el intento de ofrecer visiones *distintas* — ya sean más sistemáticas o más novedosas— sobre los más variados aspectos que componen los textos y las imágenes mayas, aunque, ciertamente, hay algunos trabajos en los que estos aspectos se tratan sólo de manera tangencial; aunque todos los intentos de abrir nuevas perspectivas de análisis son siempre de agradecer, la tremenda dispersión —reconocida por los editores— a la que queda sometida el tratamiento de diferentes temas, objetivos y metodologías, resta personalidad a la obra y, sin duda, la hace aparecer como relativamente confusa.

Sin embargo, y continuando bajo una perspectiva crítica, no es la citada —y evidente— dispersión lo que pueda ser más interesante a la hora de juzgar la obra. Si el trabajo resulta un tanto decepcionante es porque quizá no se cumplen todas las expectativas que podrían esperarse ante un primer vistazo a la obra. Del título, por ejemplo, puede decirse que si bien no miente, resulta un poco engañoso; no puede dejarse al margen que términos como «palabra», «imagen» o «representación» constituyen en la actualidad una auténtica tríada de notorio protagonismo en las ciencias sociales y del arte, debido principalmente a la influencia de la semiótica y de tendencias postestructuralistas y deconstructivistas de variado signo. Si bien puede reconocerse que ninguna de estas tendencias ha de ser, necesariamente, entronada como nuevo paradigma de interpretación, sí resulta innegable que dichas tendencias han logrado plantear nuevos problemas y perspectivas en relación a las imágenes, los textos y su significación social. No podemos olvidar tampoco que tanto la iconografía como la epigrafía, por sofisticadas que se las quiera presentar, se encuentran sometidas a sus propias limitaciones, especialmente si se pretende introducir sus significados en un contexto social. De ahí que hubiera sido de agradecer la exploración de los problemas que, si interpretamos literalmente el título de la obra, inevitablemente surgen al centrarnos en un contexto tan problemático como el maya; pero, como puede suponerse, estos aspectos no están, en su mayor parte, considerados en el volumen.

No todo esto se deduce de un simple título. Existe una evidente disyunción entre las expectativas creadas en los dos trabajos de introducción, firmados por los editores de la obra, y el resto de los artículos que la componen. En el trabajo de Don Rice se insiste en la necesidad de acercarse críticamente a los fundamentos teóricos y a los presupuestos

metodológicos que subyacen bajo ambas disciplinas, a la vez que se plantean ciertos interrogantes realmente interesantes, como la falta de definición de las formas de discurso entre las propias élites y entre éstas y el resto de los grupos sociales, entre otras muchas propuestas; sin embargo, pocos de los trabajos del volumen se dirigen explícitamente a la exploración de este tipo de problemas. De igual manera, podemos considerar la parte introductoria de William Hanks, que es útil como introducción a algunos aspectos concretos de terminología semiótica, pero que no deja de ser un contexto —como reconoce el propio autor— donde se introducen *a posteriori* los trabajos que conforman el volumen; como resultado, es difícil de encontrar un artículo donde se trate algún problema desde una perspectiva explícitamente semiótica.

A pesar de estas críticas, resulta realmente imposible resumir con justicia las cerca de cuatrocientas densas páginas que conforman la obra. Los trabajos epigráficos, firmados por nombres tan prestigiosos como John Justeson, Floyd Lounsbury y Victoria Bricker —entre muchos otros—, se encaran a los problemas del desciframiento desde las inscripciones clásicas, los códices y las fuentes etnohistóricas a través de análisis lingüísticos sistemáticos, en los que las cuestiones referentes al fonetismo y a las estructuras sintácticas juegan un papel fundamental. Los trabajos iconográficos —aunque muchos de ellos tienen estrictamente de iconografía muy poco— cubren desde los intentos de definir las relaciones entre texto e imagen desde distintas perspectivas —constituyendo, a mi juicio, la mejor aportación de toda la obra— hasta nuevos intentos de interpretar la iconografía en su propio contexto arqueológico; se intenta, por lo general, dar mayor peso en la evolución cultural a temas que, hasta hace muy poco, habían sido tratados de manera superficial, como es el caso del ritual y la ideología; también hay, en fin, trabajos que si bien pueden entrar dentro de perspectivas de análisis más tradicionales son, desde el punto de vista estrictamente iconográfico, realmente impresionantes.

Aunque reconocemos que este intento de plasmar el contenido del volumen podría calificarse de burdo, lo que intenta ser, en realidad, es una invitación para que el lector, según sus propios criterios, conozca y juzgue la obra; porque, realmente, no se trata de una obra recomendable, sino *imprescindible* para el especialista. Sin embargo, es necesario que trabajos tan sugerentes como los que hemos tenido ocasión de señalar se adecúen a un marco teórico más definido, o en el que al menos los problemas a interpretar se dispongan de manera más explícita. Es posible que la dispersión sea casi un requisito indispensable cuando lo que se intenta plantear son nuevas perspectivas sobre temas tan complejos de por sí como el arte y la escritura mayas. Pero, sin una falta de definición de los problemas básicos que se intentan superar, se corre el riesgo de convertir estas nuevas perspectivas en un simple barniz superficial, que continúe sin enfrentarse con los numerosos problemas que se mantienen de fondo. Si a esto añadimos que, según se encuentran las ciencias sociales en la actualidad, han surgido nuevas formas de aproximación a muchos de estos problemas, la exploración profunda de éstos se hace aún mucho más urgente. Por esta razón, y porque lo merece, vamos a considerar a *Word and Image* como un primer paso en el camino a enfrentarse a esta problemática, camino que todavía necesita de mucho trabajo por realizar.